

BATALLA DE MIAHUATLÁN.

CAPITULO XXX.

Batalla de Miahuatlán.

Después de los sucesos relatados en el capítulo anterior, el General Díaz envió á su hermano Félix de regreso á la vecindad de Oaxaca, con instrucciones de amenazar la ciudad, y así impedir á las tropas imperialistas allí situadas, emprender una campaña activa contra él mismo. Se arregló entre los dos hermanos, que en caso que Félix fuera perseguido por los imperialistas de la capital del Estado, se retiraría, y entonces Porfirio amenazaría la ciudad por otro rumbo. Este plan tuvo buen resultado. Pero entre tanto, una fuerte columna al mando del General Oronoz, se puso en persecución de los liberales bajo Porfirio Díaz, los cuales se encontraban en Zimatlán. Estos últimos se retiraron y permitieron á Oronóz ocupar la población en que se encontraban. En el interín, Díaz marchó por el camino de Ejutla á las montes situados al noreste de la ciudad de Miahuatlán, donde tomó una fuerte posición, teniendo al frente el río Miahuatlán, una barranca á la izquierda y montes por todos lados.

A la retirada de las fuerzas liberales, Oronóz tomó posesión de Ejutla é hizo toda clase de preparativos con el objeto de aprovecharse de las ventajas que había ganado con motivo de la retirada de Díaz. Sus espías le habían informado, que éste último se encontraba en Miahuatlán con una fuerza muy inferior á la suya; y confiando en que obtendría la victoria, si lograba dar alcance á los liberales, se puso en camino muy temprano en la mañana del día 3 de Octubre de 1866, y haciendo marchas forzadas, llegó á la vecindad de Miahuatlán á las tres de la tarde de ese mismo día.

Cuando le informaron al General Díaz que las tropas imperialistas marchaban sobre Miahuatlán,

las fuerzas de Oronoz estaban ya casi á la vista. Los soldados liberales estaban limpiando sus armas, y los oficiales comisarios estaban inspeccionando sus respectivos departamentos. Muchos rifles habían sido desarmados y la mayor parte de los oficiales y soldados estaban á medio vestir. En la apariencia, era una fuerza tan poco preparada á dar batalla á un enemigo, como se pudiera esperar sorprender en cualquier parte, en un tiempo de campaña tan activa como la que en esos días se estaba llevando á cabo en los Estados de Oaxaca y Guerrero.

Pero apenas llegaron las noticias á los cuarteles liberales de la aproximación del enemigo á Miahuatlán, cuando el General Díaz comenzó á dar sus órdenes á los varios departamentos del pequeño ejército. A los soldados se les ordenó armar sus rifles con la mayor velocidad y prepararse para la batalla. Una oleada de excitación recorrió todo el campamento; y se vió por todos lados un apresurado armar de fusiles, atar de correas de los equipos y vestirse de oficiales y soldados. En un tiempo increíblemente corto, todos estaban listos al llamado del comandante en jefe y se recibió la orden de comenzar la retirada. La infantería, al mando del Coronel Manuel González, comenzó la retirada á lo largo del camino de Cuixtla, el cual había sido escogido á causa de la naturaleza montañosa que, mientras impedía poco la marcha de los liberales, por estar éstos acostumbrados á viajar por las montañas, donde la mayor parte de ellos había nacido y crecido, era decididamente desventajoso para los franceses y austriacos, que estaban armados y vestidos más pesadamente, y que como es natural, se veían obligados á caminar más despacio.

Pero el General Díaz no tenía intención de permitir á las fuerzas imperialistas seguir á su infantería, la cual había quedado oculta de la vista de aquellas en los tortuosos desfiladeros del camino de Miahuatlán á Cuixtla, hasta que se aseguró que su gente había puesto suficiente distancia entre sí y el enemigo, y había tenido tiempo de cumplir las órdenes que ha-

bía él dado al Coronel González. Y á ese efecto, inmediatamente tomó una de aquellas resoluciones repentinas que, en momentos de peligro, se le venían como una inspiración. Con su estado mayor y su escolta personal de treinta y ocho de á caballo, marchó rápidamente á lo largo del camino, hacia el enemigo que avanzaba, y un cuarto de hora después, había tomado posesión del monte de Los Zavaletas, como á un kilómetro al noreste de la plaza de Miahuatlán. Al pie de la ladera norte de este cerro pasaba el camino de Oaxaca, por el cual marchaban los imperialistas, detrás de una cadena de pequeñas colinas que les impedía ver lo que estaba pasando en la vecindad de Miahuatlán.

En el acto, el estado mayor y la escolta fueron desplegados en extensa línea de fuego á lo largo del frente del monte, de modo á aparentar fuerzas superiores de las que realmente habían, preparándose para dar batalla. Como á los imperialistas les era imposible ver lo que sucedía detrás de Los Zavaletas, creyeron, como es natural, que el piquete que veían en el cerro estaría fuertemente apoyado por la retaguardia.

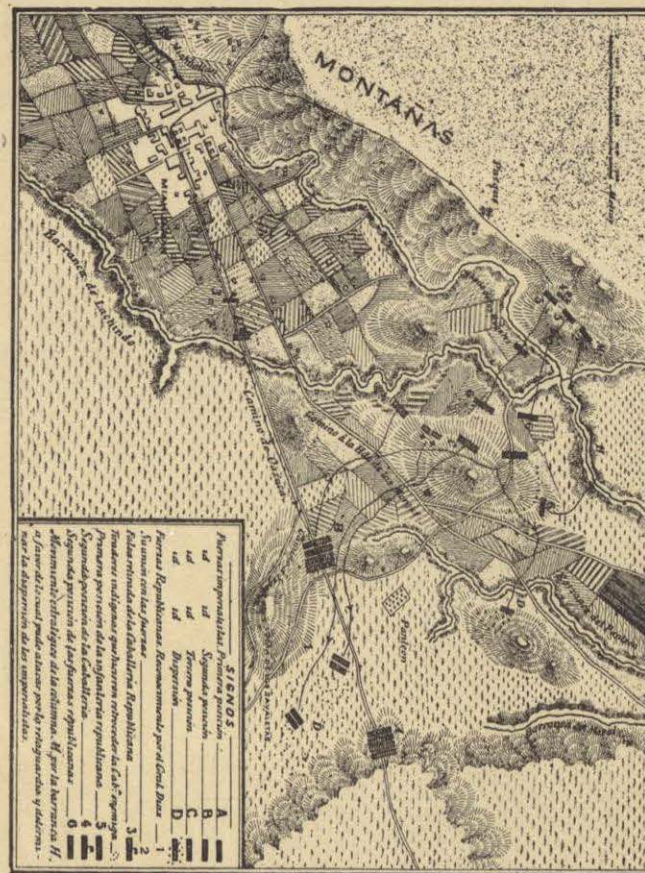
Antes de abandonar la ciudad de Miahuatlán, el General Díaz había dado órdenes al General Vicente Ramos de seguirlo con la caballería, fuerte de doscientos jinetes, tan luego como él estuviera listo para marchar; y justamente, en el momento en que Oronoz hacía alto á la vista del monte de Los Zavaletas, Ramos y su caballería aparecían en la cumbre del mismo. Ocultándose en lo accidentado del terreno había logrado llegar á la posición ocupada por el General Díaz, sin haber sido visto por los imperialistas, sino hasta que actualmente se encontraba con el general en la cumbre del monte.

Ya Oronoz había comenzado á descargar su artillería de montaña y á prepararse para la próxima batalla, cuando logró ver á la infantería mexicana, al mando del Coronel González, desfilando á lo largo del camino de Cuixtla, al rededor de la base de uno

de los muchos cerros al norte de la ciudad; é inmediatamente se formó la idea, de que Díaz estaba sosteniendo Los Zavaletas con el objeto de detener á las fuerzas imperialistas el tiempo suficiente para permitir á su infantería escapar á los montes; por lo cual, comenzó á reunir su caballería para atacar la posición del comandante liberal. Díaz había ya anticipado este movimiento: y así, ordenó á Ramos retirarse á Miahuatlán por el mismo camino que había venido, y de allí, irse á reunir con la infantería de González. Ramos, pues, continuó por la ciudad hasta la plaza, y luego, volviendo hacia el norte, cruzó la línea de cerros que se extiende en una dirección noroeste, y dejando á estos cerros entre él y el enemigo, marchó rápidamente y se incorporó, con la infantería al mando de González en el lado norte de la Cañada de los Nogales.

En esta retirada Ramos llevó consigo la escolta del General Díaz, quien se apresuró á ir tan ligero como pudo y acompañado sólo por un corneta, hacia Miahuatlán, adelantándose á la caballería; pues le tenía preparada ya una trampa al enemigo. Se colocó al extremo de la calle por la cual tenía que pasar la caballería de Oronoz y ocultó en los maizales que habían á un lado del camino, cincuenta montañeses pertenecientes á la infantería de González, que habían sido escogidos entre los mejores tiradores. Además de éstos, se ocultaron también á ambos lados del camino doscientos hombres de Miahuatlán, que se habían ofrecido voluntarios á defender el lugar contra los imperialistas.

Como había previsto el comandante liberal, la caballería de Oronoz se puso violentamente en persecución de la caballería en retirada de Ramos, no pensando en otra cosa sino en apresurarse para ganar la victoria que les parecía tener asegurada. Repentinamente, al aproximarse á la ciudad, una lluvia de fuego cayó sobre ellos de ambos lados del camino, obligándolos á retirarse tan aprisa como habían ve-



nido. Al norte del cerro de Los Zavaletas, en el Campo Santo, se juntaron con la caballería de reserva.

Entretanto, Ramos había unido sus fuerzas con las de González, y el General Díaz, dirigiéndose hacia el sur, penetró por la Barranca de Luchindo, y caminando hacia arriba á paso de mata caballo, también se reunió con su infantería y caballería; las cuales estaban estacionadas sobre un cerro al lado norte de la Cañada de los Nogales. El frente de esta cañada forma un gran semicírculo que domina el lugar donde estaba el enemigo. A lo largo de todo este frente alineó Díaz su infantería, ocultando la caballería detrás del monte.

Conforme se vió que el enemigo avanzaba con la intención de atacar las posiciones de las fuerzas liberales, Díaz ordenó á Ramos que colocara su caballería en un lugar un cuarto de milla hacia el este, y que se dirigiera allí por el lecho de un arroyo de esa vecindad; pues siguiendo dicho camino se evitaba levantar polvo en la marcha, y de consiguiente, que sus movimientos fueran descubiertos. Esta disposición colocaba á la caballería prácticamente en la retaguardia de las fuerzas imperiales, cuando éstas hubieran avanzado sobre las posiciones de los liberales. Todo el plan de batalla había sido dispuesto con la mayor habilidad. Pero la infantería de los liberales estaba escasa de parque, y le era imposible contestar al terrible fuego que le hacían las fuerzas imperialistas, las cuales estaban armadas con rifles modernos. Debemos advertir, que las tropas liberales de infantería, en su precipitada fuga de Miahuatlán, no habían llevado consigo sino el parque más indispensable: para seis cargas. Naturalmente, esta provisión duró poco, y las primeras filas, que eran las que habían sostenido el fuego sobre el enemigo, se vieron obligadas á suspenderlo. Comprendiendo lo que había sucedido, ordenó el General Díaz que la retaguardia pasara al frente, y confundiéndolos intencionalmente con los otros, aparentó cierta fuerza que

realmente no existía en la resistencia que hizo al avance de los imperialistas.

A la derecha del enemigo se encontraba la caballería de Ramos oculta en el arroyo, y á la izquierda, al mando del Capitán Rojas, estaban los tiradores liberales ocultos en los maizales. El plan de Díaz era rodear al enemigo completamente y mantenerlo en jaque, hasta que le hubiera sido posible á Ramos llegar con su caballería á un lugar suficientemente adelante del arroyo, que le permitiera atacar al enemigo por la retaguardia. Pero la falta de parque desorganizó por completo este plan; pues la infantería se puede decir que estaba prácticamente á merced de las fuerzas enemigas, y lo peor del caso fué que éstas precipitaron el ataque, el cual se había procurado demorar hasta que las fuerzas de Ramos y Rojas hubieran logrado atacar por ambos flancos al enemigo.

El General Díaz se lanzó adelante con su gente, tomando al principio el camino de la barranca: la caballería imperialista trató de cortar el camino, pero el ímpetu de la caballería liberal los obligó á retroceder; pues dichas fuerzas patriotas se lanzaron sobre ellos, machete y sable en mano, con tal furia, que no les pudieron resistir. La caballería de los imperialistas se vió obligada á retroceder, pasando por las filas de su propia infantería, la cual pusieron, como es natural, en la mayor confusión; confusión que pronto se convirtió en completa derrota, gracias á los ataques de flanco que muy á tiempo hicieron las fuerzas de Rojas y los escuadrones montados de Ramos.

La caballería enemiga, que huía en gran pánico hácia los montes, se lanzó sobre su propia infantería, la cual se desorganizó por completo, de tal modo, que tirando al suelo sus armas, no pensó sino en seguir á los fugitivos. Ramos persiguió á la caballería enemiga por cerca de tres leguas, dejando ésta en su fuga lleno el camino de multitud de muertos y heridos, además de muchas armas y pertrechos de guerra.

El General Oronóz había huído apresuradamente del campo de batalla, acompañado de sus oficiales, la



INDIOS DE LOS CERROS DE OAXACA.

mayor parte de los cuales lograron escapar. Entre los muertos del enemigo se encontraron 9 oficiales, pertenecientes en su mayoría al batallón mexicano al servicio del imperio. El equipo de esta parte del ejército enemigo había quedado en la retaguardia, lo mismo que los caballos, y cuando la caballería de Ramos largó sobre el flanco derecho de las fuerzas imperialistas, el enemigo había avanzado ya algo, con lo cual resultó que el ataque fué sobre la retaguardia de las fuerzas de Oronoz. Esta circunstancia impidió á los oficiales del batallón mexicano acercarse á sus caballos y lograr escapar de sus perseguidores, como lograron hacerlo los que se encontraron en esos momentos en mejores circunstancias. Entre los muertos que tuvo el enemigo estaba el famoso jefe francés de caballería, Coronel Enrique Testard, quien iba al mando de las fuerzas mexicanas; siendo franceses, hay que advertir, todos los oficiales que dichos jefes tenían á sus órdenes.

Los despojos obtenidos en esta batalla fueron de consideración: 1,000 rifles, dos cañones de montaña howitzers y de 40 á 50 mulas cargadas con parque para rifles y cañones. Pero el efecto moral de la victoria fué aún mayor. El hecho de que 700 ú 800 indios mal armados y peor disciplinados, hubieran derrotado en campo raso á las mejores tropas del imperio; tropas casi dos veces mayores en número, y mandadas por jefes distinguidos y experimentados como Oronoz, Testard, Acebal y Trujeque, desalentó por completo á los imperialistas del Estado de Oaxaca. Desde esta fecha en adelante, el nombre de Díaz y de sus victorias estuvieron en boca de todos, hasta que llegó el día, en que el distinguido General marchara triunfalmente por la ciudad de México, el 21 de Junio de 1867.

De conformidad con la ley de 25 de Enero de 1862, los oficiales mexicanos al servicio del imperio, que fueron encontrados culpables de haber desertado de las fuerzas liberales en número de 29, fueron fusilados inmediatamente en el campo de batalla; como

una contestación directa al decreto sanguinario del imperio en que se establecía, que todos los que se encontraran en armas contra el gobierno de Maximiliano, serían considerados como traidores y rebeldes, y de consiguiente, fusilados.

Los imperialistas sufrieron terriblemente en este encuentro; pues dejaron en el campo de batalla 56 muertos, 80 heridos y 312 prisioneros; lo que hacía un total de 448, lo que es más de la tercera parte del número de fuerzas imperialistas que tomaron parte en el encuentro.

Miahuatlán, fué el principio de una serie de brillantes victorias que, en menos de un año, colocaron á Porfirio Díaz á la misma altura de los más distinguidos genios militares que el país había producido durante esa gloriosa epopeya.



BATALLA DE LA CARBONERA.

CAPITULO XXXI.

Victoria de la Carbonera.

Aunque la batalla de Miahuatlán había hecho la lucha más favorable para el General Díaz y el ejército liberal de Oaxaca, la campaña que se llevaba á cabo desde hacía cerca de dos años, estaba aún lejos de terminarse; pues los imperialistas tenían todavía en el Estado numerosas y bien equipadas tropas, mandadas por excelentes generales y provistas con suficientes municiones de guerra. El General Bazaine seguía su táctica de castigar dura y sumariamente á las ciudades del Estado que se habían levantado contra la intervención, y estos métodos, sembraron el terror por todo el sur y oeste del país. No obstante lo cual, el espíritu de liberalismo continuaba aumentando, y numerosas partidas de guerrillas se habían lanzado á las montañas, desde donde continuamente acosaban á los imperialistas.

Después de la batalla de Miahuatlán, el General Díaz incorporó en sus fuerzas la mayor parte de los mexicanos que hasta entonces habían seguido á Orozco. Esta gente, y otras más que se agregaron, especialmente las fuerzas al mando de Figueroa, subieron su ejército á 1,500 hombres, lo cual lo colocaba en igualdad de circunstancias, en lo que á números concernía, con las fuerzas imperiales que se le podían oponer fuera de la ciudad de Oaxaca, ciudad á la cual había puesto sitio.

Pero tuvo noticia que una fuerza de 1,500 imperialistas, entre quienes había muchos austriacos, marchaban rápidamente, al mando del Coronel Hotse, al auxilio de Oaxaca. Como los imperialistas estaban

bien disciplinados y bien armados, y tenían cañones rayados de tipo mucho más moderno del que tenían los liberales; y como las fuerzas de Figueroa que se dirigían á Oaxaca á tomar parte en el sitio no habían llegado aún, y había mucho peligro de que se encontraran en su camino con el enemigo y fueran derrotados, el General Díaz en el acto decidió levantar temporalmente el sitio, tratar de reunirse con Figueroa y presentar batalla á los imperialistas.

Pero antes de abandonar Oaxaca, hizo todos los preparativos para asaltar la ciudad, y dió la noticia, como si fuera un gran secreto, que esa misma noche iba á atacar el fuerte de La Soledad. Naturalmente, la noticia del asalto que se intentaba sobre esta parte de la ciudad, circuló rápidamente por entre las tropas sitiadoras, y luego llegó á los imperialistas dentro de la ciudad. Esto era exactamente lo que el General Díaz deseaba. Pues mientras la ciudad de Oaxaca estaba haciendo toda clase de esfuerzos para rechazar el inminente ataque sobre el fuerte de La Soledad, el comandante en jefe de las fuerzas liberales daba sus órdenes para retirar, lo más silenciosamente que fuera posible, todas las tropas de las trincheras y de delante de los muros de la ciudad. Cuando estuvo esto terminado, se dió la orden de marcha; y en la oscuridad de una noche sin luna, Díaz, con sus fuerzas, se dirigió al encuentro de Figueroa, para ya con su auxilio dar batalla á los imperialistas que marchaban á defender á Oaxaca.

Fué la noche del 16 de Octubre cuando se levantó temporalmente el sitio de Oaxaca; y al día siguiente se reunieron las fuerzas de Díaz y Figueroa en San Juan del Estado. Aquí se permitió un momento de descanso á las dos divisiones del ejército. Entretanto, el General Díaz con su caballería marchó hácia Hacienda Blanca y destituyó al prefecto, quien tenía la reputación de ser decididamente imperialista, y á quien amenazó con fusilar en el acto. Con lo cual los

aterrorizados habitantes huyeron hácia Oaxaca, con la noticia de que los liberales estaban aún con toda su fuerza por los alrededores. Oronoz, temiendo caer en alguna emboscada, permaneció pasivo dentro de los muros de la ciudad, mientras que Díaz marchaba rápidamente al encuentro de las fuerzas imperialistas de Hotse, que se acercaban á la población. No fué sino más tarde cuando supo Oronoz, que las únicas fuerzas liberales que había en la vecindad de Oaxaca, en la tarde del 17, eran las de la caballería de Díaz; y que la amenaza de fusilar al prefecto de Hacienda Blanca fué simplemente un plan para hacer creer á Oronoz que el ejército liberal estaba aún por los alrededores; y que probablemente, no estaba sino aguardando una oportunidad favorable para atacarlo y derrotarlo, si intentaba salir de la ciudad.

Muy de mañana del 18, el ejército liberal comenzó su marcha hácia los cerros de La Carbonera, que se encontraban directamente en el camino que los imperialistas tenían que seguir para llegar á la ciudad sitiada.

A medio día llegaron á vista del campo de batalla, campo que aparentemente había sido elegido por ambas partes contendientes; pues ambas estaban informadas que marchaban al encuentro una de otra. Cuando las fuerzas liberales estaban como á tres millas del futuro campo de batalla, se informó al comandante en jefe que el enemigo se encontraba apenas á distancia de dos horas de marcha. Esto indicaba que las fuerzas contendientes estaban poco más ó menos á la misma distancia de La Carbonera. Inmediatamente el General Díaz dió órdenes de alijerar la marcha, con la mira de ser el primero en llegar á La Carbonera. Pero apenas había llegado al campo de batalla y había ascendido á la cima de uno de los cerros que dominan el camino por el cual tendrían que pasar los imperialistas, cuando éstos últimos aparecieron en una vuelta de la carretera, solamente como á media milla de distancia.

Inmediatamente de ambos lados comenzaron á hacer sus preparativos para la batalla. Los imperialistas colocaron su infantería en el centro y la caballería distribuida en las alas, derecha é izquierda, detrás de las cuales se montó una batería para protegerlas. Esta última consistía en cuatro magníficas piezas rayadas de artillería.

El horrible silencio de la muerte reinaba en el campo mientras se hacían estos preparativos; pues nadie sabía lo que la próxima hora daría por resultado.

Eran las dos de la tarde cuando los imperialistas dispararon el primer tiro; abrieron la batalla con su batería, cuyo fuego fué contestado vigorosamente desde el cerro de La Carbonera. Pronto inició la infantería un ataque, protegida por la batería, ataque que duró un cuarto de hora. Pero aunque los liberales sufrían terriblemente con el mortífero fuego, mantuvieron su terreno, y rechazaron por tres veces al enemigo. La batería probó ser ineficaz, y cuantas veces un tiro mal dirigido pasaba sobre las cabezas de los liberales, era saludado por éstos con agudos silbidos y gritos de burla.

Encontrando imposible tomar la posición liberal por medio de cargas de infantería, Hotse ordenó á su caballería, compuesta de cinco escuadrones de Uhlanos y Húngaros, famosos por su brillo y eficiencia, avanzar al ataque. Fueron apoyados por seiscientos hombres de infantería, que deberían hacer fuego por escalones; y toda la fuerza, que presentaba la apariencia más imponente, marchó al ataque en el orden más perfecto. Pero los soldados liberales, á quienes los éxitos de las últimas semanas, las ya sabidas dificultades del Gobierno imperial y la presencia del General Díaz—cuyo nombre había llegado á ser el símbolo de la victoria en los Estados de Oaxaca y Guerrero—habían inspirado gran confianza en sí mismos, y cierto desprecio por los imperialistas (el cual no era del todo merecido) se mantuvieron



firmer en su puesto y rechazaron la caballería, la cual se encontró con un fuego tremendo de rifles y mosquetes, que sembró el terreno que pisaba de cadáveres de hombres y caballos; y cuando los jinetes imperialistas comenzaron á vacilar, la infantería liberal cargó sobre ellos y los arrojó monte abajo. De nuevo volvieron á la carga y de nuevo fueron rechazados. Cuatro cargas desafortunadas habían sido hechas de este modo sobre las posiciones liberales, cuando el General Díaz, colocándose á la cabeza de la infantería, de la caballería y de la reserva unidas, ordenó un ataque general sobre el enemigo que de nuevo avanzaba sobre sus posiciones. Como un torrente que se precipita de una montaña, descendió todo el ejército liberal, conducido por su comandante en jefe en persona, sobre los imperialistas que avanzaban, destrozándolos por completo al grito de "¡Viva nuestra Patria! ¡Viva la libertad de México!": el enemigo quedó barrido como por una tromba y sus dispersas columnas se lanzaron á los cuatro vientos.

La batalla había durado solamente cincuenta y cinco minutos; pero en ese corto tiempo los indios de los montes de Oaxaca, harapientos, medio vestidos, medio disciplinados y sin uniforme que ostentar, habían humillado el orgullo de la caballería austriaca y quebrantado completamente el poder del imperio en el sur.

Entre los que huyeron precipitadamente del campo de batalla, perseguidos muy de cerca por la vengadora caballería liberal, estaban Trujeque, quien parecía predestinado á encontrarse siempre con la derrota de manos de Díaz, Carrillo, Flon, Hotse y el temible Franco, cuyo solo nombre había sembrado el terror por todo el sur de México. La victoria fué completa, incontestable; y la persecución de los derrotados imperialistas, continuó hasta el anochecer y se llevó hasta una distancia de 15 millas del campo de batalla. Por todo el camino dejaron regado, artillería, vagones de munición, armamentos de todas clases, muertos, heridos y prisioneros.

Un inventario hecho el siguiente día mostró, que los despojos de guerra de la batalla de La Carbonera, consistieron en: 416 prisioneros, principalmente austriacos, cuatro cañones rayados, 300 cajas de granadas y metralla, 700 carabinas y rifles, gran cantidad de parque, trenes de mulas y otros efectos de guerra.

La victoria de La Carbonera aseguró la caída de la ciudad de Oaxaca; pues el lugar no estaba en circunstancias de poder sostener un sitio largo, y la esperanza de auxilio de fuera, había sido destruida de un solo golpe por las fuerzas combinadas de Díaz y Figueroa.